

D. PEDRO NEGROMONTE.

SE abrió la puerta y apareció bajo el dintel un hombre con la cabeza descubierta y puesta la mano sobre la empuñadura de la espada.

Chirinos, al verle, experimentó cierta sensación de frío por toda la superficie de su cuerpo. La vela chisporroteó dando una luz mas resplandeciente, y Salazar se puso en pié, murmurando una oración de San Bonifacio contra el príncipe de las tinieblas.

Aquel hombre presentaba á primera vista el aspecto de una fealdad imponente. Era de estatura mediana, grueso, y erguido; vestía un colete negro de velludo con broches de acero, calzas tambien negras, y borceguíes encarnados; su rostro, tostado como por el sol, circundado por una enmarañada cabellera de un castaño rojizo, tenía el sello de una recóndita malicia y la risueña ferocidad de la fuerza salvaje. Era aguileña la nariz, los labios algo toscos y eternamente separados por una dentadura medio saliente de riquí-

simo esmalte. La frente era ancha, pero sombría. Los ojos profundos, de una expresión inexplicable, parecían brillantes como chispas, fríos como el hielo, tenebrosos como el crimen, altaneros como el águila, terríficos como el sepulcro, y seductores como la hermosura.

—A qué venís?—le preguntó Chirinos, con la misma cavernosa voz con que se dice en los cuentos: *De parte de Dios te digo.....* etc.

—Yo,—replicó el desconocido,—creo poder ser útil en alguna cosa, y vengo á ofrecer mis servicios.

—Decid antes quién sois?—añadió Salazar;—por dónde entrásteis? quién os ha llamado?

—Nadie.

—Pues qué queréis?

—Estoy seguro de que os hallais en grande aprieto, y vengo á salvaros. Vengo simplemente á proponeros un cambio.....

—Un cambio!—exclamó Chirinos.

—Bah! os admira?..... en el caso en que estais, yo daría el alma.....

—Dios!—murmuró Salazar,—el alma! No, Dios mio! aleja de aquí al maldito tentador de los hombres!.....

—El alma?—preguntó Chirinos.

—No tanto,—dijo sonriéndose el desconocido;—pero podemos convenirnos por menos. Señores,—añadió penetrando familiarmente y cerrando la puerta;—permitid que me sienta, porque he corrido muchas leguas.

Dicho esto, se sentó en la piedra que antes ocupaba Chirinos, puso el sombrero sobre el suelo, y quedóse mirando á Salazar de un modo que á este se le congelaba la sangre. Chirinos, que era el mas animoso, pasados los primeros

momentos de una sorpresa, fué el primero que quiso saber á qué atenerse respecto de aquel personaje, y se sentó junto á él, resuelto á establecer la conversacion.

—Y bien, le dijo, podeis decirme con ingenuidad, quién sois?..... decidlo; seais quien fuéreis, podemos arreglarnos.

—Oh! quién soy yo? no es del caso..... soy un hombre cualquiera; soy un noble á quien tristes aventuras arrojaron del solar de sus padres; un pájaro errante que atraviesa los mares para buscar la libertad que llena como el aire los espacios del Nuevo-Mundo. Soy un mendigo que pide á la América un sustento; un desterrado que le pide un asilo, y un corazon dilacerado que le pide venganza...

El señor Salazar, ya repuesto, volvió á sentarse y prestó atencion á las palabras de aquel desconocido.

—Bah!—añadió éste;—un dia tendré la satisfaccion de distraeros un poco, refiriéndoos algunos pormenores de mi larga historia. Hoy, trataremos exclusivamente de los negocios.—Sé, porque ningun trabajo cuesta adivinarlo, que estais en un trance desesperado que os traerá la ruina, y si no andais con tiento, la deportacion, y tal vez la horca.

—La horca decís?.....

—La horca.

—¿Sabeis con quién estais hablando?—dijo Salazar...

—Sí, tal. Vos sois, si no me engaño, Salazar; y vos,—añadió el desconocido señalando al vedor,—sois Pero Almindes Chirinos, y puedo referiros un cuento que os probará si tengo el honor de conoceros.

—Era un indio que tenia dos hijas; vivia no sé yo dónde..... creo que Quauhtemoc le aposentaba en esta misma casa, pues grandes servicios en la guerra, y los recuerdos de una larga amistad que databa desde la niñez, los liga-

ban con lazos verdaderamente fraternales. Aquel indio, que en el sitio de la ciudad se hizo notable por su actividad y valentía, tuvo, como tantos vencidos, que acogerse como las fieras en los recónditos breñales de las montañas, para escapar á la cólera sangrienta de los españoles. Las dos hijas, no felices, pero seguras ya de que su padre se hallaba fuera del peligro, vivian tranquilas alimentando la esperanza de comprar el perdon á costa de la mitad de sus tesoros. Pero vino la confiscacion, es decir, el pillaje, y las dejó apenas con lo preciso para sustentarse, y una pieza de este palacio para guarecerse contra el frio. Una tarde las dos jóvenes se encaminaban al mercado. Ambas eran bellísimas; sus senos, casi descubiertos, velados apenas por una camisa de gámbalo trasparente; sus piés pequeños, perfectamente modelados; su cintura delicada y flexible; sus negros ojos y sus labios de niña, despertaron la lujuria de dos hombres que por acaso las hallaron sobre el camino. Desde aquel momento las jóvenes no tuvieron reposo, y agobiadas por respetuosas solicitaciones y por juramentos de una pasion que ellas, extrañas á los manejos pérfidos, juzgaron verdadera, dieron cabida primero á un sentimiento compasivo, y un dia concluyeron por franquear á esos hombres el umbral de sus almas vírgenes.

Cierta vez, la mas joven de las niñas confió á su amante la historia de todas sus desgracias. Hablóle de su padre, y por una imprudencia, muy disimulable en su edad y en su amor, nombró el sitio donde la misericordia de los dioses conservaba incólume al autor de sus dias. Aquello fué un rayo de luz para los dos amantes, que prometieron gestionar con Cortés la libertad del perseguido, á trueque de una concesion que no era sino el impuro sacrificio de esas

jóvenes. Pero ellas se negaron. Hicieron ver que el cariño de Matlalcihuatzin, su padre, llegaba á tal extremo, que perderia la vida si sospechase que la rescataba con la vergüenza de sus hijas. A los ruegos se siguieron las amenazas; pero nada obtuvieron. Entonces uno de aquellos miserables, acaso el mas amado, quiso barrer con el obstáculo invencible que surgia delante de sus planes, y denunció al cacique.—Esa misma noche, veinte perros de presa olfateaban las huellas de Matlalcihuatzin, y penetraban rabiosos en su escondite. La lucha duró mas de dos horas. De veinte perros salieron solo siete; pero lamiéndose, ya satisfechos, las narices ensangrentadas. Un rayo cayó sobre el cacique. Mucho tiempo vertieron amargas lágrimas sobre el seno mismo de aquellos que eran causa de su infortunio..... y ellos tambien lloraron! En fin, pasaron los dias, y con ellos comenzó á renacer, si no el consuelo, al menos la resignacion. El amor ocupaba un ancho espacio en el corazon, con mengua del que ocupaban los pesares, y desbordando de ilusion y agitado con frenesí casi divino, se entregaban como al consuelo, en los brazos fatales de su primer amor. Yo ignoro si la fuerza, ó las promesas, ó la inocencia, ó la debilidad, ó lo que fuere, pusieron en las manos de aquellos hombres la realizacion de todos sus deseos..... pero sé bien que á los delirios del amor siguió el hastío; que al hastío siguió el aborrecimiento; que á este siguió el trato brutal..... y despues..... el crimen!

—Ah!..... sí!..... pero!.....— dijo Chirinos sin encontrar la frase, mientras Salazar permanecia asombrado.

—No, no, no,—replicó el otro;—vais á ver, señores, como conozco todo el cuento.

Aquellos amantes necesitaban de oro para adquirir allá

en la corte la influencia que su escaso mérito les negaba, y sometian casi á la tortura el alma y el cuerpo de sus mancebas. Estas, despues de haber dado lo que reservaban como el rescate de su padre; despues de haberse desprendido hasta de los lacillos de oro de sus sandalias, entregaron las imágenes de sus dioses, y las preceas de una lejana herencia, que en dos maravedís de plata, no tenia mas valor que el de los recuerdos.

Un dia los dos hombres que os digo recibieron, firmados por el César, unos pergaminos que les conferian el título de autoridades ó no sé qué friolera de esas que esperaban con impaciencia. Entonces las jóvenes, que ya eran inservibles, comenzaron á ser molestas á la vanidad de esos señores, y fueron abandonadas. Ellas soportaron en silencio el desprecio; pero llegó la miseria, llegó el hambre, llegó la desesperacion, y pensaron en pedir justicia á D. Hernando, contra aquellos ladrones que despues de haber jugado con su corazon las abandonaban al abismo de la pobreza. Supieronlo ellos; y sabeis lo que hicieron para conjurar el peligro?.....

Mandaron llamar á un tal Lázaro el negro, bribon á quien conocian por simples noticias.

—Cuánto quieres,—dijéronle,—por desollar á esas dos indias?

—Dadme cien ducados,—replicó Lázaro.

—Tendrás doscientos,—le dijeron,—pero las despachas lo mas pronto que puedas.

Lázaro se presentó á la noche siguiente llevando como prueba una bonita mano, fria como el mármol, y todavía flexible y lánguida como la de una mujer dormida..... no la traigo aquí, pero.....

—Pero qué!.....—exclamaron con horror Salazar y Chirinos.

—Pero traigo aquí la bolsa todavía repleta que le dieron á Lázaro;—mirad..... es la misma.

Aquel que hablaba sacó de su escarcela una bolsa de cuero con adornos de cordon amarillo, y le dió un golpe con la palma de la mano haciendo crugir las monedas.

—Bah!—continuó guardándola;—dicen, aunque lo dudó, que todo se paga sobre la tierra..... los señores aquellos tenían un confidente, ó si se quiere un amigo que conocia no sé cómo toda esta historia; y á él le dieron, para que le guardara, ese dinero que habian robado á sus mandos..... Oh! y aquel amigo quiso poner precio á su silencio, y qué precio!..... y qué amigo!..... voto va! no hay dos como ese diablo de Alvaro Manrique!.....

—Y bien,—dijo Chirinos cuando el desconocido puso fin á su historia;—¿venis tambien á poner precio á nuestro silencio?

—Sí.

—Y si en vez de comprarle os obligáramos de otro modo á respetar ese secreto?—añadió Chirinos fijando en el desconocido una mirada oblicua.

—De qué modo?—repitió aquel con perfecta tranquilidad.

—Es muy sencillo comprenderlo.

—Pues no acierto..... no concibo.....

—Bah! si yo me hallase aislado en el fondo de una pieza como esta, á tales horas y enfrente y casi á la merced de dos hombres resueltos.....

—Hola!..... pues nunca se me hubiera ocurrido, podia jurarlo.....

—Blasonais?.....

—No; pero me creo seguro estando entre caballeros como vosotros.

Aquella respuesta, que podia tener dos significaciones, una temeraria y otra insultante, fué interpretada por Chirinos bajo el segundo punto de vista, y añadió con cólera:

—Cómo debo entender eso, caballero?

—Del modo que gustéis, caballero; me es indiferente....

—Bueno. Entonces debéis tener mucha confianza en vuestra espada.....

—Por vida mia, señores! que sereis capaces de impacientarme..... no sabéis explicaros en otro lenguaje que el de las estocadas? Escuchadme.....

—Silencio!—dijo Chirinos desnudando hasta la mitad una brillante hoja de Toledo.—Teneis la desgracia de saber lo que nadie sabe; y esa historia se sepultará con vos debajo de la tierra. Salazar! cuidad esa puerta.

El hombre de la cabellera enmarañada no se movió de su asiento.

Salazar echó fuera su espada, y de un salto se colocó en frente de la única salida.

—Os empeñais en no escucharme?—dijo el caballero.

Aquella calma, mucho mas amenazante que la actitud del combate, detuvo el brazo de Chirinos. Aquel desconocido velaba sin duda un gran poder que le daba seguridad en los peligros, y acaso una virtud que le hacia inviolable.

—Os he dicho que puedo seros útil,—añadió,—y os conjuro por última vez para que me digais vuestra resolución. Yo nada temo: os lo advierto para que abandoneis las pretensiones de intimidarme, Sois dos; pero al eco de una palabra mia veréisme acompañado por cien mejores

que vosotros. Conque, sentado este punto, despachémonos: ¿quereis utilizar mis servicios?.....

Chirinos pareció meditar.

—¿Qué decís vos?—dijo Salazar.

—Yo.....—murmuró este sin apartar la vista del desconocido;—acercáos..... venid por aquí.....

Salazar se retiró con su compañero á un ángulo del aposento, y comenzaron á hablar en voz baja.

—¿Qué decís de este hombre?—preguntó el factor.

—De este hombre?

—Sí.

—Me inspira un temor involuntario.

—Creeis lo que ha dicho?

—Por qué no?..... bien puede haber dejado afuera los hombres que dice.....

—Es lo de menos..... pudiéramos darle una sorpresa; pero opinais que nos confiemos?

—No, confiarnos, no; pero ¡qué diablo! debemos escucharle siquiera.

—Y esa historia.....

—Ya veis que la conoce como si hubiera sido nuestro cómplice; eso es irremediable..... La calma que muestra, os probará que en algo debe fiar su seguridad. Así, vale mas ver cómo hacemos para tenerle grato, al menos mientras encontramos la oportunidad de darle un golpe.

—Será un espía?

—Ah! sospecho que algo peor.....

—Un sicario de Estrada?

—Por qué no?

—No, no es tiempo todavía..... mas tarde tal vez; pero hoy seria impolítico deshacerse de nosotros por medio de

un expediente tan escandaloso. Mas bien creo sea un pícaro que, como sospeché al principio, quiera vender caro el silencio acerca de nuestra aventura.

—Sea lo que fuere, probemos.

—Probemos.

Los dos guardaron sus espadas y volvieron á ocupar sus asientos. Salazar, que no era el mas animoso, reanudó la conversacion con este prólogo:

—Caballero: á nuestra vez os advertimos que ningun temor nos imponen las cien legiones de demonios que, segun decís, acudirian en vuestro auxilio; evocaríamos otros tantos, y veriamos entonces..... Ahora, vamos al asunto. Decíais?.....

La soberbia fanfarronada del veedor no produjo sobre el desconocido mas efecto que una imperceptible sonrisa. Tras de aquella sonrisa siguieron estas palabras:

—Señores, voy á proponeros..... mas decidme antes: ¿contais verdaderamente con algunos hombres?.....

—Oh! en cuanto á eso, descuidad,—repuso Salazar, empeñado siempre en causar miedo.

—Cuántos?.....

—Así..... cosa de..... doscientos.....

—No es cierto.

—Vive Dios!.....

—No es cierto. Creí que habíais depuesto vuestra desconfianza..... pero veo que continuais creyéndome un bandido que viene por dinero, un espía de los gobernadores, ó como Salazar decia, un sicario de Estrada.....

—Yo!.....

—Si; ¿os admirais de la fineza de mi oido?.....

—Yo.....

—Tambien dijísteis una cosa que me lisonjea en alto grado, y os lo agradezco, porque acabais de descubrir en mí la cualidad que puede seros mas provechosa.

—Hablais de

—Del terror involuntario que decís os causo. Y era fácil adivinarlo, aunque no fuera sino por el empeño que teníais en acuchillarme..... Ah!..... y teneis razon..... soy algo feo; y vosotros, como todo el mundo, no perderéis nunca las preocupaciones de los primeros años. Con todo, no creais que me doy por ofendido. Estoy acostumbrado á producir un efecto de repulsion á todo el que me mira; pero en cambio, suele borrarse la impresion cuando descubro en el fondo de mi alma los tesoros de mi amistad ó los abismos de mi resentimiento. Yo vengo á ofreceros una alianza. Conozco vuestras miras, y os haré conocer el interes que me anima para serviros. Vuelvo á repetir que mi amistad puede ser útil. Así, podeis decirme con ingenuidad si os conviene mi alianza, y os prometo á fe de caballero, que, sea cual fuere vuestra determinacion, aquel asunto de la hija del cacique permanecerá tan secreto como hasta ahora..... acaso mas, porque otras dos personas que pudieran hablar, Lázaro el negro y Alvaro Manrique, guardarán eterno silencio.

—Si sois un traidor,—dijo Chirinos,—aquí estamos. Arruinados por ese que acabais de nombrar; abandonados por Medina; colocados entre enemigos, y ya cerrados para nosotros los caminos del puerto, nada nos resta; estamos decididos á luchar hasta el último trance, y combatiremos con vos y con los vuestros, para que no saqueis de aquí sino nuestros cadáveres; pero si sois lo que apenas me atrevo á sospechar..... un amigo.....

—Ah! nada tendreis por el momento,—añadió Salazar; —pero una vez fortalecidos contra los manejos de Estrada; una vez que hayamos realizado lo que una traicion arrebató á las mas seguras esperanzas que brillaban para nosotros, sereis rico, riquísimo, hasta donde nunca se atrevieron los ensueños de la codicia.

El desconocido se puso en pié, hizo relampaguear una mirada de satisfaccion, tendió sus manos á Salazar y á Chirinos, que las estrecharon, y dijo con solemnidad:

—Me llamo Pedro Negromonte. Soy enemigo personal de D. Hernando, y he jurado hacerle perder sus conquistas de América y su reputacion en Europa. Vosotros me ayudareis, y en cambio ocupareis su puesto.

Salazar y Chirinos pudieron apenas disimular su asombro.

—¿Sois tan poderoso?—preguntaron.

—Pudiera serlo,—replicó Negromonte,—y lo seremos poco á poco.

—¿De qué modo?

—Con el valor y la inteligencia.

—¿Y estais seguro?.....

—Vais á verlo, si gustais escucharme.